

EL PERISCOPIO

Victoria Lafora



COMPÁS DE ESPERA

NO habrá presupuestos hasta enero. El Gobierno se resigna a una larga negociación con Puigdemont. Nada será fácil porque Junts celebra su congreso en octubre y será después cuando se cierren sus exigencias sobre financiación, o el respaldo al catalán en Bruselas. Como ha dejado claro su portavoz parlamentaria, Miriam Nogueras, su intención no es acabar con la legislatura de Pedro Sánchez si no "Cataluña". Lo que, traducido, quiere decir que pretenden que la incesante presión sobre Moncloa les convierta en indispensables en la vida pública catalana. Y todo esto a la espera de la "amnistía", que no llega, y que Junts no tiene muy claro que el retraso forme parte de una estrategia del Constitucional, dejando el texto y los recursos "olvidados en un cajón". Tampoco hay fecha para la aprobación de la senda de estabilidad, ya que Junts exige que se eleve el porcentaje que llega a las comunidades autónomas a una cifra que supera las posibilidades económicas del Ejecutivo. Como siempre, comienza por lanzar un órdago y luego se va reduciendo la cifra. De momento, Pedro Sánchez, que dirige desde Nueva York, donde asiste a la cumbre de la ONU, la estrategia y los tiempos de negociación, ya ha enviado a Albares a Bruselas a reclamar, una vez más, que el catalán sea una de las lenguas de la UE. Por intentarlo que no quede. Las pérdidas en financiación de Comunidades y ayuntamientos que supondría la prórroga de los actuales presupuestos, pese a las optimistas declaraciones del ministro Oscar Puente, pondrían más en riesgo el empeño de Pedro Sánchez de acabar la legislatura. Pese al afán del PP de desalojarle de Moncloa y la dificultad con las cuentas públicas, el presidente del Gobierno ha convertido la resistencia en el emblema de su gestión. Para ello, con regularidad a sus equipos en Moncloa y ya nadie se acuerda del poder omnímodo de Ivan Redondo. El nuevo jefe de gabinete es Diego Rubio, un joven profesional con excelente currículum, que ya ha elaborado un plan que va a cambiar muchas caras de presidencia. Rodeado de jóvenes, holgadamente preparados, Pedro Sánchez se prepara para resistir los embates de unos socios de Gobierno que van a convertir el resto de su mandato en exigencias para cada votación. Y, mientras, Feijoo trata de que no se le desbanden sus barones y no acaba de dar con la tecla de una propuesta creíble.

EN CLAVE DE HUMOR

Ramón



Se estarán partiendo de risa

UNO se imagina a los competidores asiáticos y americanos de nuestras empresas industriales ante la medida que quiere imponer nuestra vicepresidenta Yolanda Díaz (que no ha pagado una nómina en su vida) sobre la limitación de la jornada de trabajo a 37,5 horas semanales. Y se los imagina fro-tándose las manos y riéndose. Pensarán "si ya trabajando 40 horas semanales son poco competitivos, si les cuesta más producir, nos los terminamos de merendar". Porque limitar las horas de trabajo semanales (sin tocar el sueldo, claro) lo que provoca es subir los costes y hacernos menos competitivos. Nos pongamos como nos pongamos. Cómo no va a ser popular una medida que nos propone trabajar menos. Es como si preguntamos en un colegio si quieren más clase de matemáticas o recreo. Algunos olvidan con demasiada facilidad que lo que sacó a España de la miseria de la posguerra fue el emprendimiento y el trabajo de varias generaciones (las generaciones de hierro) que se dedicaron a eso, a trabajar muy duro y a buscar trabajo y negocio donde fuera. Buscar que España sea más productiva no es capricho: la incidencia de la productividad sobre el PIB per cápita es clara (y deseable). Los países con altos niveles de productividad, tanto por hora como por ocupado, tienen ma-

yores rentas disponibles. Y Europa está mala este respecto, pero España está todavía peor.

Si queremos consolarnos (mal de muchos...) veremos que el problema de trabajar menos no es problema solo español, sino que es una tendencia europea que, entre otros factores, está conduciendo a Europa a la irrelevancia. El centro del mundo, que estaba en el Atlántico, se ha trasladado al Pacífico de manera indiscutible. Entre las 15 empresas más grandes del mundo no hay ninguna europea. Hace tres décadas había 5.

¿Qué ha pasado? Que Europa se ha dormido en sus múltiples regulaciones, en su burocracia imposible, en sus impuestos crecientes y asfixiantes y en un estado del bienestar que es, hay que decirlo, de cartón piedra. Lo estamos pagando a crédito.

Nos empeñamos en jubilarnos a la misma edad que nuestros padres cuando la esperanza de vida ha subido 10 años y cuando cada vez hay menos jóvenes y para colmo, incentivamos el "no trabajo". Como muestra, un botón: ¿qué mensaje estamos mandando a un chico o chica de 18 años al que por el mero hecho de cumplir 18 años le estamos regalando 400 euros (que hemos sacado de la cartera de sus padres trabajadores) con el "bono cultural"? ¿Cuáles el mérito para esa recompensa? ¿Cómo va a querer trabajar para sacarse su dinero para cultura?

Nos hemos dormido en los laureles y lo cómico es que aún algunos miran con superioridad intelectual a Estados Unidos (con un paro 4,3%, tres veces menos que nosotros).

La receta es tan sabia como impopular. Trabajo y trabajo. Trabajar más y mejor. Con más eficiencia y menos absentismo. Menos impuestos, un Estado mucho más ajustado y más empresas. El resto es engañarnos a nosotros mismos, dar ventajas a nuestros competidores y condenar a nuestros hijos a pagar nuestros excesos.

Álvaro Bañón



Álvaro Bañón Irujo. Economista, profesor de la Universidad de Navarra y miembro de Institución Futuro

LA VENTANA

Lucía Baquedano



OBRAS

PUEDE decirse que estoy acostumbrada a las obras, ya que vi crecer el Ensanche a mi alrededor. Mi hogar estaba en medio del campo, y en él jugábamos los niños de la vecindad. Lo mismo construíamos una casita de varias habitaciones alineando piedras en el suelo, que montábamos una tienda para vender las verduras que crecían por allí. De vez en cuando uno de aquellos campos aparecía rodeado por una tapia de tablas, que pintaban de dos en dos, de blanco y azul, y nuestro lugar de juegos daba paso a un nuevo bloque de viviendas, que era lo que quería mi madre: un entorno sin obras, para que no entráramos en casa con barro en los pies ni se colara el polvo por las ventanas. Han transcurrido muchos años, pero de pronto me parece haber vuelto a aquella época, porque mi casa se ve rodeada de obras. Hasta cuatro fachadas andamiadas recorro cada día. Deben de ser las que han tenido la suerte de conseguir la ayuda europea para protegerlas de fríos y calores. Y cuesta circular por las aceras, bastante estrechas, y a tramos invadidas por parte de los coches, parquímetros, carteles publicitarios y cubas haciendo de mesas para algunos bares. Pero en fin, en algún momento las obras terminarán. La que no sé si terminará es la del carril-bici de Beloso. En su ingenuidad una esperaba verla acabada para San Fermín. ¿Cómo va a estar cerrada en esas fechas la subida a Pamplona?, me decía. Pues sí. Y todavía, para venir, seguimos recorriendo las calles de Burlada para desesperación de sus vecinos y la nuestra propia. Y perdida mi ingenuidad para dar paso al pesimismo me pregunto qué ocurrirá si se nos presenta de pronto un cambio de gobierno. ¿No pasará como con el carril de Pío XII iniciado por el alcalde Balduz? Mira que si a los que lleguen les parece tan innecesario como a los de entonces, y deciden anularlo como se hizo con aquel. Yo no me fiaría un pelo. Lo malo es que todo esto todavía nos traería más obras.